



Globalización, comunicación e integración latinoamericana

Carlos Vejar Pérez-Rubio
(coordinador)



UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno

PLAZA Y VALDES

P Y V

EDITORES



Comité editorial

Luis Benítez Bribiesca
Norma Blazquez Graf
Daniel Cazés Menache
Enrique Contreras Suárez
Rolando García Boutigue
Rogelio López Torres
John Saxe-Fernández
Isauro Uribe Pineda
Guadalupe Valencia García

Globalización, comunicación e integración latinoamericana

Carlos Véjar Pérez-Rubio
(coordinador)



UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano menos ajeno



Primera edición: 2006

- © Carlos Véjar Pérez-Rubio (coordinador)
- © Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
- © Universidad Nacional Autónoma de México
- © Universidad Autónoma de la Ciudad de México
- © Plaza y Valdés, S.A. de C.V.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización escrita de los editores.

Editado en México por Plaza y Valdés, S.A. de C.V. y el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades
Torre II de Humanidades, 4o. piso, Circuito Interior, Ciudad Universitaria
Coyoacán, 04510, México, D.F.
www.unam.mx/ceiich

Plaza y Valdés, S.A. de C.V.
Manuel María Contreras, 73. Colonia San Rafael
México, D.F., 06470. Teléfono: 5097 20 70
editorial@plazayvaldes.com

Francesc Carbonell, 21-23 Entlo.
08034 Barcelona, España
Teléfono: 9320 63750 Fax: 9328 04934
pyvbarcelona@plazayvaldes.com

ISBN: 970-722-451-7

Impreso en México / Printed in Mexico

Índice

Presentación	9
<i>Carlos Véjar Pérez-Rubio</i>	
Globalización, capitalismo e integración latinoamericana	13
<i>Alonso Aguilar Monteverde</i>	
El Plan Puebla-Panamá	29
<i>Horacio Labastida</i>	
La integración y la comunicación en Venezuela	37
<i>Lino Martínez Salazar</i>	
Intolerancia y censura en los albores del siglo XXI	43
<i>Manuel Gameros</i>	
La ética periodística en Bolivia	57
<i>Luis Ramiro Beltrán Salmón</i>	
Teoría y práctica de la comunicación social latinoamericana	77
<i>Luis Suárez</i>	
Resistencia y alternativas en la comunicación social latinoamericana: una visión desde Argentina	81
<i>Lidia Fagale</i>	
Globalización, comunicación e integración latinoamericana	87
<i>Enrique Brito Velázquez</i>	

Los retos de la globalización para la comunicación y la integración latinoamericana	97
<i>Enrique Maza</i>	
Medios masivos en México y América Latina: panorámica y proposiciones	117
<i>Mauro Jiménez Lazcano</i>	
Cultura y desarrollo: perspectivas para América Latina y el Caribe	129
<i>Gloria López Morales</i>	
Globalización, comunicación	139
<i>Luis Toledo Sande</i>	
Globalización, educación y universidades	157
<i>Gustavo Vega-Delgado</i>	
Cultura, comunicación e integración de Nuestra América	169
<i>Carlos Véjar Pérez-Rubio</i>	
Bibliografía	183

Presentación

La revolución de la comunicación y la informática, apoyada en el inusitado desarrollo tecnológico de la electrónica, pero también en la ideología del mercado y del consumo, ha sido uno de los pilares de la construcción del mundo global. Esta ideología, que en su pragmatismo deslava identidades, promueve subordinaciones y soslaya injusticias y desigualdades sociales, encuentra en los medios masivos de comunicación, en su mayoría en manos oligopólicas nacionales y transnacionales, sus más eficaces correas de transmisión.

La empresa homologadora, sin embargo, no está libre de contradicciones y resistencias, de inusitada violencia muchas de ellas. La división de la humanidad en mundos que no se entienden y de cuando en cuando recurren a la fuerza como método para decidir quién tiene la razón, agudizada en los días presentes, nos hace recordar el mito bíblico de la Torre de Babel, en el que las lenguas se dispersaron y los seres humanos quedaron incomunicados entre sí, como castigo a su soberbia. Incomunicados y enfrentados.

En América Latina y el Caribe analizar este tema es imperioso. Las crecientes dificultades por las que atraviesa la región en todos los órdenes, ancestrales muchas de ellas, ha convencido finalmente a muy diversas fuerzas de la necesidad de impulsar su integración libre y soberana para poder superarlas en un plazo razonable, integración que debe comprender tanto los vértices de la política y la economía como el de la cultura, en el que la patria grande encuentra su mayor riqueza. No cabe duda, la integración es hoy condición de nuestro desarrollo.

Esta histórica meta descansa, en buena medida, en la capacidad que tengan los pueblos latinoamericanos y caribeños para romper su aislamiento y comunicarse a partir de sus propios intereses, así como para erigir barreras de resistencia al acondicionamiento ideológico impuesto por los centros mundiales de poder a través de sus

medios de comunicación y su industria cultural. Preservar y desarrollar la identidad regional no es cuestión de retórica, sino de supervivencia.

Para contribuir a la reflexión, el análisis y el debate sobre todos estos puntos, el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el marco de su Proyecto América Latina y del programa Mundo Actual: situación y alternativas, y en coordinación con la Federación Latinoamericana de Periodistas (Felap), invitó a catorce destacados intelectuales a participar en el seminario "Globalización, comunicación e integración latinoamericana", que se llevó a cabo en sus instalaciones de Ciudad Universitaria, en la capital mexicana, los días 24 y 25 de octubre de 2002, bajo el siguiente programa:

1. Los procesos de integración latinoamericana en el mundo globalizado.
2. Teoría y práctica de la comunicación social latinoamericana.
3. Cultura, información e integración en Nuestra América.

Interesaba particularmente el hecho de tener una presencia latinoamericana lo más amplia y representativa posible en el seminario, para tener una mejor visión de lo que está sucediendo en la región en este campo. Esto se logró invitando, además de los ponentes mexicanos, a los embajadores en México de la República del Ecuador, doctor Gustavo Vega-Delgado; y de la República Bolivariana de Venezuela, doctor Lino Martínez Salazar, comprometidos ambos de tiempo atrás con la integración de Nuestra América; fueron convocados también la periodista argentina y dirigente de la Unión de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires, Lidia Fagale; el escritor cubano Luis Toledo Sande, quien es subdirector en La Habana de la revista *Casa de las Américas*; y el comunicólogo boliviano Luis Ramiro Beltrán Salmón, primer ganador del Premio Mundial de Comunicación McLuhan y uno de los fundadores de la escuela crítica latinoamericana de comunicación; Beltrán Salmón fue la única persona que no pudo asistir personalmente al evento, aunque tiempo después nos envió su trabajo, que incluimos en la presente edición.

Las ponencias presentadas abordan la temática con diversos enfoques, derivados de la experiencia, la procedencia y la especialidad de sus autores, en su mayoría profesionales de la comunicación de reconocida trayectoria o que han estado cerca de ella en su desarrollo personal. Las propuestas confluyen en el hecho de analizar el cuarto poder desde una óptica interdisciplinaria y latinoamericanista, pero sobre todo, profundamente crítica, óptica que no se arredra ante la espada de Damocles que pende sobre nuestros pueblos —y sobre la humanidad entera— en este inicio de siglo y de milenio. La verdad, la novedad, la intolerancia y la censura, la corrupción, la ética, las leyes, la racionalidad tecnológica, la exclusión, las carencias, la dominación,

la enajenación, la subordinación, la organización gremial, las nuevas experiencias en la comunicación alternativa, la educación y la cultura son sólo algunos de los temas tratados en el marco de los procesos de integración política, económica y cultural que se llevan a cabo actualmente en la región.

Cabe destacar la colaboración desinteresada que para la realización del seminario nos prestó Luis Suárez, quien en ese momento era presidente de la Felap, cargo que ocupó hasta su lamentable partida de este mundo, pocos meses después. Su experiencia, sus relaciones, su capacidad organizativa, su generosidad, su entusiasmo por las buenas causas, pero en particular, su compromiso con un periodismo latinoamericano crítico, serio y objetivo, dejaron honda huella en todos nosotros y contribuyeron sin duda al cabal cumplimiento de las metas trazadas. Su presencia está recogida en este libro, que dedicamos a su memoria.

La estructura de la publicación sigue el orden de las mesas de trabajo en que se organizó el seminario. La primera parte, propiamente introductoria al tema, la cubren las ponencias centradas en el análisis de los procesos de integración latinoamericana y caribeña en el marco de la globalización, cuyos autores son Alonso Aguilar Monteverde, Horacio Labastida y Lino Martínez Salazar. La segunda parte, que constituye el eje central del proyecto, comprende los trabajos de Luis Ramiro Beltrán Salmón, Enrique Brito, Lidia Fagale, Manuel Gameros, Mauro Jiménez Lazcano, Enrique Maza y Luis Suárez, dedicados todos ellos a la reflexión específica y puntual sobre la teoría y la práctica de la comunicación social latinoamericana de nuestro tiempo. Y la tercera parte, en la que culminó el encuentro, incluye las ponencias de Gloria López Morales, Luis Toledo Sande, Gustavo Vega-Delgado y Carlos Véjar Pérez-Rubio, que abordan los aspectos culturales y educativos y sus implicaciones con la comunicación y la integración de nuestros pueblos.

Varias e importantes conclusiones pueden recogerse de todos estos trabajos, que bien pueden sintetizarse en el llamado a los jóvenes comunicadores que hace Luis Ramiro Beltrán Salmón, con las siguientes palabras:

¿Quién ha de encabezar esa misión de lucha quijotesca por el cambio en este mundo internético, globalizado y neoliberal? Sin duda, tendrá que hacerlo el segmento de la juventud a la que los destellos de la mercadocracia no han podido obnubilar, aquellos comunicadores que sienten que su oficio está comprometido con el anhelo de una sociedad próspera, pero ante todo, libre, justa y verazmente democrática.¹

¹ Luis Ramiro Beltrán Salmón, "La comunicación para el desarrollo en América Latina", en *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*, núm. 30, octubre-diciembre 2001, México.

Un llamado al futuro y la esperanza. Se cumplió así el propósito de este primer seminario del Proyecto América Latina, que no es más que el inicio de una línea de investigación en la materia que se propone contribuir, en la teoría y en la práctica, al proceso de integración de Nuestra América.

Carlos Véjar Pérez-Rubio

Globalización, capitalismo e integración latinoamericana

Alonso Aguilar Monteverde

Introducción

En una reciente presentación que se hizo de mi último libro, *Globalización y capitalismo*, en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, después de agradecer la participación de diversas personas¹ expresé que, como siempre que se escribe algo y sobre todo un libro, me sentía inconforme; aquella vez preferí no hablar de mi publicación, y en cambio invité a los asistentes a reflexionar sobre ciertas cuestiones que constituyen aspectos importantes de la realidad en que nos movemos y que es preciso tener presentes y comprender mejor, cualquiera que sea el tema sobre el que trabajemos. Pues bien, retomaré algunas de tales cuestiones.

Repetimos con frecuencia que si queremos contribuir a transformar la realidad, es necesario conocerla a fondo. Lo que pocas veces se dice es que ello es todo menos fácil, y que por tal razón incurrimos en serias fallas y errores, al intentarlo. Por ejemplo, muchas veces tomamos como expresión de la realidad, hechos aislados que se ven de manera fragmentaria, sin reparar en que ello no permite apreciarla en conjunto ni penetrar en su dinámica interna.

¹ A las comentaristas Genoveva Roldán, Ana I. Mariño y Magdalena Galindo; a Josefina Morales, por su interés en organizar la presentación, y al doctor Jorge Basave, director de dicho instituto, por su apoyo y por aceptar ser moderador.

En ocasiones se examinan algunos fenómenos en forma estática, sin advertir que la realidad es un complejo de contradicciones siempre en movimiento; e incluso cuando se repara en ciertas contradicciones, es común que se les asigne determinado contenido y alcance, sin tomar en cuenta alteraciones y desplazamientos que obedecen tanto al desarrollo del capitalismo como a las luchas que se libran en su seno y que modifican la correlación de fuerzas.

En los últimos años, las contradicciones más importantes han sufrido profundos cambios y no se expresan ya en los términos de antes. Esto vale para la contradicción capital-trabajo, capitalismo-socialismo, fuerzas productivas-relaciones de producción, propiedad pública-propiedad privada, y desde luego para muchas otras. En un momento dado se pensó que el capital y el capitalismo eran los elementos débiles y que el trabajo y el socialismo eran los términos dominantes, pero los hechos se desarrollaron de manera muy diferente a como se esperaba. La relación entre el capital y el trabajo se ha modificado, y ni el uno ni el otro tienen ya la composición que fue característica de otras épocas. La masa enorme de capital-dinero altera y desborda el ciclo clásico del capital y se mueve con creciente autonomía respecto al proceso productivo; la magnitud y ubicación de la fuerza laboral da cuenta de nuevas tecnologías y formas de organización y de la creciente socialización del proceso de trabajo. Y aunque ciertos cambios en las relaciones de producción han contribuido bajo las políticas neoliberales a elevar la tasa de ganancia, ello no se ha expresado en mayor estabilidad ni en más altas tasas de inversión y crecimiento económico en la mayoría de los países.

Con frecuencia se repara en que la globalización, y en particular la mundialización del capital, han permitido al capitalismo extenderse y profundizarse; lo que en cambio no se advierte a menudo es que al universalizarse el sistema se universalizan también sus contradicciones, o en otras palabras, que los hechos que dan cuenta de su mayor fuerza dejan ver también sus debilidades.

No pocas veces se tiende a explicar la realidad en planos pragmáticos, sin tratar de situarla teóricamente. E incluso cuando se recurre al análisis teórico es frecuente que se excluyan y aun descalifiquen opiniones con las que no se está de acuerdo. Así proceden a menudo los economistas neoclásicos más conservadores, y aun en estudios que se hacen desde la perspectiva y en el marco de la economía política suelen dejarse de lado y menospreciarse análisis muy valiosos. Por ejemplo, ante la insistencia con que se habla hoy de las virtudes del mercado y el libre comercio, llama la atención que se olviden estudios críticos de tales posiciones tan serios como los que hicieron desde hace tiempo Keynes, Joan Robinson, Karl Polanyi y Kalecki, e incluso cuando se trabaja desde posiciones supuestamente marxistas, se cae no pocas veces en repeticiones sacramentales de textos de Marx y en un extraño, superficial y apo-

logético marxologismo, que no contribuye a conocer la realidad ni a resolver los más graves problemas, y que además nunca mereció el respeto del autor de *El capital*. El historiador norteamericano Howard Zinn recuerda al respecto que un convencional admirador de Marx, de esos que lo repiten dogmáticamente, lo invitó en una ocasión a presentarse en su Club Carlos Marx, a lo que éste respondió que no podía hacerlo porque él no era marxista.²

Con frecuencia, por otra parte, no se presta atención al desarrollo histórico del pensamiento marxista, y además no se examina la realidad y se menosprecian ciertos análisis independientes, lo que recuerda lo ocurrido en la ex Unión Soviética, en donde tendía a creerse que sólo los partidos comunistas tenían posiciones convincentes y válidas sobre el proceso social.

En fin, las cada vez más estrechas y complejas interconexiones de la problemática socioeconómica y política, y la tendencia a examinarlas desde disciplinas aisladas de la ciencia social, o en el mejor de los casos desde sencillas, formalistas y horizontales relaciones interdisciplinarias, vuelve difícil entender procesos dialécticos como el desarrollo. Y ni qué decir, cuando se adoptan posiciones estrechas y dogmáticas y se pretende que sólo ellas tienen validez.

Hoy, entre las múltiples cuestiones que no entendemos adecuadamente y a veces ni siquiera advertimos, podrían mencionarse las siguientes: a) la crisis, cómo nos afecta y qué hacer frente a ella; b) los cambios de diferente naturaleza que sufre la realidad social, y lo que significa la globalización, y c) el carácter y alcance de la respuesta que desde diversos ámbitos y en particular desde sectores y movimientos populares se da a la creciente internacionalización y a los más graves problemas.

La crisis

Acaso la principal falla consiste en que se tienda a situarla en marcos tradicionales que han sido rotos o al menos son hoy muy diferentes de los de antes. Eric Hobsbawm escribe que, en realidad, fue hasta la caída de los países socialistas europeos cuando entendimos que la crisis de las últimas décadas ha sido global; y a menudo se siguen repitiendo explicaciones ya del todo inadecuadas que revelan que muchos no entienden aún su verdadera dimensión. Algunos continúan pensando, como hace 30 años, que la inestabilidad tenderá a expresarse en presiones inflacionarias cada vez

² Howard Zinn, *The Zinn Reader. Writings on Disobedience and Democracy*. Seven Stories Press, Nueva York, 1997, p. 575.

más severas, y no reparan en que en los últimos años la sobreproducción, la sobrecumulación de capital y las frecuentes recesiones, con el serio peligro de una posible y profunda depresión, han vuelto a ser lo más grave; todo ello, además de que se sigue viendo la crisis como económica, sin reparar en que al propio tiempo es social, cultural, ideológica y política.

Otros, a su vez, piensan que las políticas neoliberales son la causa de la actual crisis, y olvidan que ésta se inicia en realidad al concluir la larga fase de expansión económica de la postguerra, cuando las políticas liberales dominantes eran todavía desarrollistas e intervencionistas.

Y lo que ni unos ni otros toman en cuenta es que, si bien las políticas en acción influyen sobre la crisis, las verdaderas causas de ésta son más profundas, propiamente estructurales, y por tanto hechos que rebasan las medidas generalmente de corto plazo y alcance, que los gobiernos y los grupos dominantes ponen en práctica.

Ciertas personas, revelando que no comprenden la naturaleza y alcance de la actual crisis, o bien la consideran solamente nacional, o más a menudo la ven como expresión de desajustes internacionales que se originan en otros países. Así, el aflojamiento de la economía de Estados Unidos, a partir del atentado terrorista del 11 de septiembre de 2001 contra las torres gemelas de Nueva York y el Pentágono, lo consideran el inicio de una “desaceleración” de la economía norteamericana, que genera una crisis que afecta a numerosos países, México entre ellos. Esto parecería sugerir que si una acción terrorista provocó la crisis, una política antiterrorista nos permitirá superarla, aunque lo que está haciendo en particular el gobierno de Estados Unidos puede agravar la situación, e incluso llevarnos a una guerra.

Para algunos, la crisis no existe. Menem aseguraba que Argentina había escapado a ella gracias a su política monetaria y cambiaria dolarizadora. Y después de lo acontecido en los últimos meses es claro que, precisamente cuando a juicio de los más altos funcionarios del gobierno la economía argentina se desenvolvía sin tropiezos, una grave crisis estaba a punto de estallar. Carlos Salinas y Ernesto Zedillo, a su vez, atribuían la crisis que afectó a México en 1994-1995, uno de ellos “a los errores de diciembre” y el otro “a los errores de noviembre”, lo que deja ver que uno culpaba al otro y ninguno de los dos comprendía lo que realmente pasaba; ahora, el presidente Vicente Fox repite alegremente que en México no hay crisis, sino una economía sólida y estable, cuando los signos evidentes de ella —muy bajas tasas de crecimiento, caída de la inversión, desempleo, excesivo endeudamiento, quiebras, dramática pobreza de millones de personas— se multiplican.

Pero mientras los funcionarios más optimistas no ven la crisis por ninguna parte, algunos autores, a la inversa, consideran que acaso nunca fue tan grave y profunda como ahora. Immanuel Wallerstein, por ejemplo, piensa que “por primera vez, esta-

mos ante una crisis verdaderamente sistémica”, que nos coloca en una era de transición y obedece a la “reducción global de las ganancias que amenaza la habilidad de los capitalistas para acumular capital”, y que resulta, a su vez, de que “los costos de la fuerza de trabajo, de los insumos y la infraestructura y los generados por los impuestos se han elevado en relación al valor de lo que se produce”.³

Sobre la manera de enfrentarse a la crisis, las opiniones son divididas: mientras unos piensan que poco o nada puede hacerse para superarla, los viejos liberales creen que la solución está en volver atrás a las viejas políticas expansionistas; los neoliberales confían en que una política monetaria restrictiva, el equilibrio presupuestal, bajas tasas de interés, más privatizaciones y dejar que el mercado se desenvuelva “espontáneamente”, bastarán para que haya estabilidad y ésta conduzca a un mayor crecimiento económico; y otras personas consideran que si se realizan ciertas reformas del tipo de las que recomiendan el FMI y el Banco Mundial, la crisis podrá superarse. Mientras tanto los hechos se encargan de demostrar la realidad: los problemas no se resuelven, pese a la opinión de los expertos.

La globalización

Posiblemente no hay un asunto del que se hable y escriba tanto en nuestros días como el de la globalización. Pero lo que se dice de ella suele generar más confusión que claridad y entendimiento. La versión apologética según la cual la globalización lleva a la armonía, la interdependencia, el progreso y el bienestar, riñe con la cada vez mayor desigualdad, inestabilidad, profundos desajustes, dominación-dependencia, atraso, pobreza, inseguridad y violencia que se observa en algunas regiones.

La crítica superficial, que a su vez pretende que la *globalización* es una palabra sin sentido y una mera expresión de una ideología conservadora es también inaceptable, ya que no reconoce que se trata de un hecho histórico, que sobre todo bajo el capitalismo se expresa en una creciente internacionalización y en cambios que es preciso examinar con seriedad, internacionalización y cambios que afectan el comercio, la inversión, la producción, la tecnología, los mercados financieros, la organización institucional y en realidad la vida toda.

Cuando se hace referencia a tales cambios, mientras unos exageran su importancia, otros les niegan significación y los suponen asuntos menores del todo secundarios

³ I. Wallerstein, *A Left Politics for an Age of Transition, y Transition to What?*, de los editores de *Monthly Review*, enero de 2002, pp. 17-24.

e intrascendentes. Y desde otra perspectiva, también suele verse a la globalización —como alguna vez lo hizo Henry Kissinger— como “el dominio de Estados Unidos”,⁴ lo que por cierto tampoco permite entender su verdadera naturaleza y alcance.

Incluso, quienes no comparten tales opiniones exhiben también posiciones parciales discutibles. Por ejemplo, ven la globalización como un hecho fundamental y aun exclusivamente económico; la suponen algo consumado más que una tendencia en proceso de desarrollo; caen en explicaciones tecnologistas, no la relacionan adecuadamente con los cambios del proceso productivo y aun sostienen que invalida lo nacional y cancela la capacidad reguladora del Estado, y sobre todo la ven al margen del capitalismo, o en todo caso como si éste fuera un elemento pasivo, determinado por la globalización; o sea que dejan de lado hechos importantes. Por ello me permitiré reproducir un fragmento del reciente estudio en que me ocupé de la globalización y donde señalo que:

[...] entraña un alto nivel de internacionalización, que entre otras cosas modifica la relación entre lo nacional y lo internacional; se relaciona estrechamente, aunque a la vez de manera desigual, con un gran avance científico-tecnológico; se expresa en una reestructuración de la producción, de la economía y de otros aspectos de la vida social y cultural; trae consigo importantes cambios en el proceso de acumulación de capital, por ejemplo aumenta a una escala sin precedentes y sin relación directa con la producción el capital-dinero, cobra creciente importancia la inversión privada, sobre todo extranjera y la inversión financiera, en buena parte a menudo improductiva; se acelera el ritmo o velocidad de múltiples fenómenos; se registran interconexiones que en buena parte hacen posible y a la vez resultan del progreso de las comunicaciones y la tecnología de la información: La globalización supone cambios cuantitativos que se relacionan entre sí de nuevas maneras y tiene probablemente como su principal rasgo el de la mundialización del capital. Y todo ello altera el viejo cuadro de contradicciones, modifica el alcance y significado de numerosos conceptos y desborda los marcos en que la ciencia social explicaba el desarrollo de la sociedad, lo que pone en crisis a dicha ciencia [...] El solo nivel, antes nunca alcanzado, de mundialización del capital, entraña una nueva y compleja situación histórica que obliga a reformular y poner al día el instrumental analítico con que se trabaja para entender el mundo de hoy, su proyección hacia el futuro y la dirección en que se desenvuelve.⁵

⁴ Véase Sam Gindin, “Social Justice and Globalization. Are they Compatible?”, *Monthly Review*, junio 2002, p. 1.

⁵ Alonso Aguilar Monteverde, *Globalización y capitalismo*, Plaza y Janés, Barcelona y México, 2002, pp. 386-387.

El que la globalización se realice, a menudo, en el marco de autoritarias y antidemocráticas políticas neoliberales, aconseja y aun obliga a tener presentes otros hechos. Desde luego no es cierto que, con base en lo que postulaban los economistas clásicos ingleses, se pueda sostener con fundamento que bajo el capitalismo monopolista y globalizante de nuestros días, operando espontáneamente, el mercado asigne mejor los recursos productivos. Dichos economistas pensaban en una economía muy diferente de la actual, de pequeños productores que no podían imponer precios y en la que los factores de producción y en particular el capital no tenían movilidad para trasladarse como hoy lo hacen de unos países a otros con gran celeridad.

Globalización y capitalismo

Bajo la globalización liberal, y sobre todo neoliberal, el capitalismo se vuelve más inestable, injusto y desigual [...] Los países subdesarrollados, concretamente, lejos de acortar la distancia que los separa de las naciones más desarrolladas, se rezagan, son más dependientes, mal utilizan su potencial productivo, y la pobreza de buena parte de su población se extiende dramáticamente en un capitalismo turbulento en el que aumentan además la incertidumbre, la violencia, la inseguridad, la corrupción, el narcotráfico y el crimen organizado.⁶

El que no se examine con cuidado la relación entre la globalización y el capitalismo explica no pocas serias fallas. Algunos, por ejemplo, creen que la globalización es no sólo el eje de lo que acontece, sino el único elemento en juego importante. Otros consideran que la actual sociedad no es ya capitalista sino “postcapitalista”.⁷ Otros más, a la inversa, piensan que el capitalismo sigue presente, y por tanto no hay algo nuevo al respecto, salvo el hecho de que ya no hay imperialismo. Y lo que todo ello pone de relieve es que no se repara en la realidad concreta y en los cambios que ésta ha experimentado.

En mi opinión, lo cierto es que el capitalismo no sólo sigue presente sino que además se ha extendido grandemente. Y tanto el capitalismo como el imperialismo han cambiado, y en aspectos importantes no son lo que antes, lo que en parte obedece a que en años recientes el hecho principal que subyace a la creciente internacionali-

⁶ Fragmento tomado de mi artículo “Globalización, regionalización y soberanía”, presentado en la Reunión del Comité Ejecutivo de Felap y Seminario Latinoamericano, “Globalización, Soberanía, Regionalización y Periodismo”, realizado del 12 al 15 de junio de 2002 en Toluca, Estado de México.

⁷ Véase Peter F. Drucker, *La sociedad postcapitalista*, Norma, Bogotá, 1995.

zación es la mundialización del capital. Lo que, en otras palabras, significa que para entender el capitalismo y el imperialismo de nuestros días es necesario ir más allá de la mera repetición de lo que incluso los más serios pensadores plantearon hace ya muchos años, ante un mundo diferente, en el que los países socialistas, sobre todo europeos—incluyendo la propia Unión Soviética—, cayeron en una profunda crisis y aun desaparecieron, y las áreas precapitalistas se redujeron grandemente y dejaron de ser, como en un momento dado lo pensó Rosa Luxemburgo, el ámbito al que el capitalismo recurriría para resolver ciertas graves contradicciones.

Como dice Atilio Borón en un reciente y valioso ensayo:

[...] no se puede entender al imperialismo de comienzos del siglo XXI leyendo solamente a esos autores. Pero tampoco se lo puede comprender sin ellos [...]. El imperialismo de hoy no es el mismo de hace treinta años. Ha cambiado, y en algunos aspectos el cambio ha sido muy importante. Pero no se ha transformado en su contrario, como nos propone la mistificación neoliberal, dando lugar a una economía “global” donde todos somos “interdependientes”. Sigue existiendo y oprimiendo a pueblos y naciones, y sembrando a su paso dolor, destrucción y muerte [...].⁸

Quienes afirman que el capitalismo sigue presente, pero que ya es postimperialista, tendrían por su parte que explicar cómo fue que un capitalismo incluso más monopolista y oligopolista que antes se libró del imperialismo. Si ello ocurrió porque se volvió atrás, a la fase premonopolista, o porque el capital monopolista fue superado de alguna otra manera, y concretamente por nuevas y mejores formas de organización.

Es cierto que después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos contribuyó con cuantiosas inversiones y nuevas tecnologías y formas de organización a hacer posible la rápida reconstrucción de economías como las de Europa Occidental y Japón, que habían sido grandemente destruidas, y que ello dio lugar, más adelante, incluso a que tales países penetraran en el mercado norteamericano cuando Estados Unidos tropezaba con dificultades para hacerlo en ellos, y en particular para realizar fuertes inversiones en Japón.

Lo que ocurrió, sin embargo, es que todo ello contribuyó a desarrollar un capitalismo global en el que, bajo la hegemonía de Estados Unidos, en un principio sobre todo económica y más tarde ideológica y militar, se insertaron los demás países de manera subordinada, y aun aquellos que utilizaron con éxito nuevos mecanismos para reestructurar sus economías y que hasta entonces habían mantenido formas propias de

⁸ Atilio Borón, “Imperio e imperialismo”, *Revista Casa*, núm. 221, Casa de las Américas, La Habana, abril-junio, 2002, p. 6.

organización política, como los Estados socialdemócratas llamados *del bienestar*, acabaron a la postre cediendo a la presión de Estados Unidos para imponer el proyecto neoliberal, en el que los países más desarrollados, pese a diferencias y aun rivalidades, encontraron nuevas formas de apoyo y de cooperación.

En ese proceso, en el que la economía internacional fue reestructurada, el capital financiero se impuso al capital productivo, y no obstante la cada vez mayor y más severa competencia, las tasas de beneficio, sobre todo de las grandes empresas, se elevaron, y en particular en los años noventa, la inversión en nuevas tecnologías en Estados Unidos aumentó sustancialmente. Pero la economía internacional mostró tendencias recesivas que son las más graves desde los años treinta.

Los neoliberales, como es sabido, sostienen que si se deja al mercado operar de manera espontánea llevará a la interdependencia, al desarrollo, la prosperidad y mejores niveles de vida para todos. Pero la dependencia del mercado bajo el capitalismo global de nuestros días, lejos de resolver los más graves problemas, constituye una contradicción insoluble. El mercado, como dice Ellen Meiksins Wood, “no es sólo la esfera de la circulación [...]. La dependencia del mercado bajo el capitalismo es una contradicción fundamental porque, como en ninguna otra forma de organización social, es una condición fundamental de supervivencia y para la reproducción social, sobre la que se imponen los imperativos de competencia y maximización de utilidades”.⁹

La propia autora comenta que, cuando se habla de “contradicciones”, puede pensarse que se trata de una “abstracción teórica”; pero bajo el capitalismo se expresan de manera muy concreta, como ocurre hoy con la “degradación ecológica y la globalización”.

La destrucción ecológica puede resultar de fallas de diversa naturaleza y alcance; bajo el capitalismo, sin embargo, deriva del proceso mismo de acumulación de capital y de que éste, y en particular el imperativo de expansión del capital, se disocia de la producción y el consumo de valores de uso. Dice Meiksins Wood:

Nuestro momento histórico se caracteriza por la universalidad de tales contradicciones, con la completa subordinación del valor de uso al de cambio, en la mercantilización de toda la vida humana y el ambiente natural [...]. Por ello, en tal sentido debiéramos ver la globalización como la universalización de la dependencia del mercado, lo que no significa negar que la globalización es, al mismo tiempo, un conjunto de políticas de los países capitalistas avanzados, y de uno de ellos en particular, para imponer su voluntad al mundo.

⁹ Ellen Meiksins Wood, “Contradictions: Only in Capitalism?”, en *A World of Contradictions*, *Socialist Register*, Merlin Press, Londres, 2002.

Este [...] nuevo imperialismo, especialmente en la forma de globalización, no es sólo una cuestión de conquista militar o de dominación política directa, sino una nueva forma de hegemonía por medios económicos[...]. Las principales potencias capitalistas pueden ejercer su hegemonía imperial, sujetando a los pueblos subordinados a los imperativos del mercado[...], y la globalización, con la ayuda de “ajustes estructurales”, representa la universalización de esta forma específicamente capitalista de dominación imperial, que conlleva todas las contradicciones de la dependencia del mercado[...].¹⁰

El que la hegemonía de los países más poderosos y hoy sobre todo de Estados Unidos, se ejerza por “medios económicos” y ya no recurriendo necesariamente a la intervención militar, la ocupación de ciertos territorios y el empleo de medios de control político directo, no significa que la economía sea el único elemento de tal dominación; otro muy importante es la ideología, cuyo papel que juega, y la forma en que se utiliza, no sólo refuerza la dominación y la dependencia, sino que ofrece a muchos la falsa idea de que lo único que puede hacerse es lo que se hace. Ninguna otra cosa es posible. O como solía repetir la señora Thatcher en Inglaterra: “no hay alternativa”. Y para difundir esa y otras mentiras los medios de comunicación, desde la prensa escrita, la radio y la televisión defienden el orden y el desorden establecidos y tergiversan los hechos, manipulan la información y desinforman todos los días, lo que los convierte en verdaderos medios de confusión de masas.

“La creciente polarización entre ricos y pobres [...] no es ya un simple asunto de que los ricos roben a los pobres. Ahora es el resultado de sujetar a las economías subordinadas a los imperativos del mercado, mientras las potencias dominantes manipulan esas fuerzas en su propio beneficio”.¹¹

Cuando se alude a la dependencia del mercado, debiera quedar claro que si bien la producción mercantil, o sea el producir para vender en el mercado, es un hecho histórico muy anterior al capitalismo y que se remonta a la antigüedad, el nivel sin precedente de mercantilización e incluso de cosificación de todo, que atenta contra el ser humano y sus principales valores culturales, es reciente y corresponde al capitalismo globalizado de nuestros días.

Por eso, al extenderse el capital a escala mundial y al profundizarse las relaciones de producción capitalistas como nunca antes, podemos hablar no sólo de neoliberalismo sino de un nuevo capitalismo y un nuevo imperialismo, un capitalismo que al universalizarse se fortalece en ciertos aspectos y en otros se debilita y alienta la inconformidad y la resistencia. Y como nada es lineal en el proceso social, conocer el

¹⁰ *Ibid.*, p. 288.

¹¹ Véase *ibid.*, pp. 288-289.

cambiante juego de contradicciones es necesario para actuar sobre ellas y para forjar una estrategia de desarrollo que permita avanzar.

La explotación de las economías subordinadas las lleva a una mayor marginación y pobreza, y cuando se integran al mercado global con cierto éxito, las explota el capital doméstico e internacional, y en el mejor de los casos contribuyen a una mayor sobreproducción.

El capitalismo, más que ningún otro sistema, requiere un orden político y legal estable, y este orden es imposible a escala global. El capital sólo cuenta con el Estado-nación. La cuestión del Estado es compleja. A menudo se repite que éste es ajeno y aun víctima de la globalización, y que el verdadero poder lo ejercen hoy las corporaciones transnacionales, que operan al margen de aquél.

El capital transnacional, ciertamente, es hoy muy poderoso, pero no se mueve al margen del Estado. Bajo el capitalismo éste es burgués y su acción responde en gran medida a los intereses del capital, y sobre todo del gran capital. Precisamente por ello, el Estado no es ya sólo un aparato nacional. Instituciones como la ONU, la OEA, el FMI, el Banco Mundial, el BID, la OMC y muchas otras organizaciones internacionales en cuyo funcionamiento se expresan los intereses del capital, son también parte del Estado, lo que no quiere decir que esa relación sea fácil y simple, y sólo exprese el dominio del capital, ya que como toda relación, es contradictoria y por ello, así como el Estado y especialmente ciertos gobiernos suelen actuar en forma que no satisface a todos los capitalistas, el capital, y en particular el transnacional, lesiona con frecuencia la soberanía del Estado y desde luego la del pueblo y la nación, al intervenir ilegalmente en los asuntos internos de otros países, sobre todo en los subdesarrollados.

Pero ello no significa que aun las antiestatistas políticas neoliberales no sean políticas del Estado y que éste no sea a menudo el principal promotor de la globalización. Y ésta es la razón por la que los movimientos populares contra la globalización y el neoliberalismo se dirigen asimismo contra los gobiernos, y por qué las nuevas luchas populares empiezan a tener mayor profundidad y un carácter social y político más definido.

Atilio Borón recoge, de Ellen Meiksins Wood, las interesantes observaciones que siguen: “[...] el Estado-nación sigue siendo el agente principal de la globalización. En los mercados globales, la necesidad que el capital tiene del Estado es aún más acentuada que antes [...]”, y “[...] Por supuesto es posible que el Estado cambie su forma [...]. Pero sea cual sea su forma, el Estado continuará siendo crucial [...]”.¹²

¹² Ellen Meiksins Wood, “Trabajo, clase y Estado en el capitalismo global”, en el ya citado ensayo de Borón, *Revista Casa*, pp. 36-37.

Luchas populares e integración de Nuestra América

Inmediatamente después de que desapareció la Unión Soviética y cayeron los gobiernos socialistas de Europa Oriental, no sólo pudo advertirse un explicable desconcierto sino una manifiesta inacción, reveladora de que muchos pensaban que nada podía hacerse frente a tan inesperada y difícil situación. Poco a poco, sin embargo, la persistencia de múltiples problemas comenzó a mostrar una creciente inconformidad y diversos tipos de acciones.

En diferentes países, de una ciudad a otra, desde Seattle y Washington a Davos, Praga, Génova, Londres, Quebec, Porto Alegre y otras, fuerzas sociales muy heterogéneas mostraron su rechazo a la globalización, a las medidas de las instituciones financieras y comerciales internacionales, y a la política económica sobre todo de Estados Unidos.

A menudo fueron tan amplias y diversas las fuerzas participantes y tan diferentes sus planteos y demandas, que no pocos expresaron dudas hacia tales movimientos, al pensar que no podrían superar sus discrepancias y encauzar su acción hacia objetivos concretos importantes, e inclusive los grupos dominantes más poderosos consideraron que si dichos movimientos no levantaban la mira y se oponían al orden de cosas prevaleciente, no constituirían una amenaza.¹³

La globalización no cambiará regresando al pasado, y tampoco lo hará si se actúa al margen de ella. Globalización y justicia social no serán compatibles si la primera queda intacta y la justicia se limita al mundo que está más allá de los muros de la globalización.

El capitalismo-globalización no traerá al tercer mundo el tipo de desarrollo que logró el primero. La desigualdad global es cada vez mayor; Latinoamérica está lejos de conseguir lo que pretendía, y la experiencia de los países del sureste de Asia ha resultado frágil, y las condiciones que la hicieron posible no podrán repetirse.¹⁴

La convicción de que algo básico anda mal se afirma y se generaliza. Numerosas personas empiezan a comprender que lo que subyace a la globalización es un capitalismo y un imperialismo que determinan la explotación, el desempleo, la crisis, la dramática desigualdad social y la ausencia de oportunidades para la mayoría de la gente. Los jóvenes no comparten en general las viejas posiciones de la izquierda, presentes todavía en ciertos partidos y organizaciones, y sienten que las luchas de

¹³ Véase al respecto el artículo ya mencionado de Sam Gindin, "Social Justice and Globalization: Are they Compatible?", p. 5.

¹⁴ Véase *ibid.*, p. 6.

hoy deben relacionar debidamente lo nacional y lo internacional, librarse en planos más amplios e incorporar a fuerzas heterogéneas. Y aunque prevalecen explicables discrepancias, va quedando claro que un cambio que beneficie a la mayoría sólo podrá resultar de una lucha contra el sistema, que haga posible una profunda transformación.

Lo que quiere decir que hoy se comprende mejor que el progreso no podrá lograrse con medidas burocráticas que se decidan de arriba hacia abajo, sino con la participación y el esfuerzo organizado de la gente, a partir de la comprensión de la forma en que el capitalismo se desenvuelve al operar en una escala cada vez más global.

En mi opinión todo eso vale para la integración de Nuestra América. Hoy es claro que ningún país, y menos uno subdesarrollado, puede resolver sus problemas actuando en forma aislada. Ni siquiera es posible que la conjugación de esfuerzos, por gobiernos del tipo de los actuales, permita hacerlo. Lo que se necesita es que estos sean realmente democráticos e independientes, capaces de romper con la profunda desigualdad y la peligrosa subordinación que nos inmovilizan y mantienen en el atraso. Pues bien, tales gobiernos no surgirán fácil y espontáneamente, ni sólo a consecuencia de ciertos procesos electorales. Serán fruto de nuevos, vigorosos y combativos movimientos sociales, que libren con éxito duras luchas dentro de cada país y en el conjunto de ellos, y en las que el papel de los jóvenes y de las mujeres será fundamental.

La integración regional latinoamericana, por otra parte, no será un proceso sólo económico ni menos meramente comercial. Tendrá a la vez que expresarse en lo social y lo político —y quizás especialmente en el ámbito de la cultura— y proyectarse hacia una comunidad de naciones independientes, que permita a la región actuar unida y sumar fuerzas para afirmar su identidad, impulsar el desarrollo independiente y lograr insertarse en la comunidad internacional en mejores condiciones que las actuales.

Convertir en realidad el proyecto unitario latinoamericano no es desde luego fácil; pero afortunadamente tampoco es imposible. Para lograrlo será preciso actuar con decisión, saber hacia dónde se va y superar múltiples obstáculos, entre los que acaso destaquen la oposición de Estados Unidos y de quienes, en nuestros propios países, no están de acuerdo o no creen en la integración, y el hecho de que nos falta aún una clara conciencia acerca de su importancia y viabilidad, así como de la necesidad de luchar para hacerla posible.

Sorprende, por ejemplo, que en el globalizado mundo de nuestros días son muchos todavía, incluso en el seno de las fuerzas democráticas, los que creen que las viejas posiciones nacionalistas, fundamentalmente liberales y burguesas, serán la solución a los nuevos problemas, así como que muchos otros crean, a su vez, que lo nacional

carece ya de importancia, y que en adelante sólo importará lo que se haga a escala internacional.

La lucha en el seno de cada país seguirá siendo la más importante, pero habrá que librarla de nuevas maneras y con una clara proyección internacional. Así como la integración nacional es necesaria para avanzar sólidamente en el proceso de integración regional latinoamericana y caribeña, ésta puede contribuir a que libremos la lucha interna con mayores posibilidades de éxito. La acción dentro de cada país y en el conjunto de ellos es complementaria y en el fondo inclusive una sola, o al menos una en la que la integración regional se vuelve un elemento que ayuda a que la correlación de fuerzas en el plano interno sea favorable. Algunos, no comprendiendo lo anterior suelen decir: ¿por qué ocuparnos de la integración latinoamericana cuando en nuestro país tenemos múltiples y graves problemas no resueltos que reclaman atención? Porque una cosa no excluye la otra. La integración regional puede permitirnos sumar fuerzas y acometer importantes acciones capaces de resolver problemas comunes, y proceder así no significa desentenderse de los problemas más inmediatos que afectan a cada país, sino entender que, por el contrario, ello permite contar con más y mejores medios para enfrentarse a ellos. Y a esto podría añadirse, a riesgo de insistir innecesariamente en algo ya aclarado, que muchos de los problemas que algunos consideran más graves en su país —inestabilidad, desempleo, bajos salarios, profunda desigualdad social, inseguridad, corrupción, violencia, degradación ecológica y otros— no son privativos de ningún país y por ello requieren de acciones conjuntas.

No hace mucho, el presidente de Estados Unidos George W. Bush consiguió que el Congreso de su país lo autorizara a emplear una vía rápida —*fast track*— para lograr que cada uno de nuestros países acepte formar parte del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), y ésta se implante en el continente lo antes posible. Y mientras eso ocurre en el poderoso país vecino del norte, preocupa que nuestro Congreso y los de países hermanos no busquen sus propias “vías rápidas” para impulsar una genuina integración que nos permita ejercer la soberanía de nuevas maneras, impulsar conjuntamente el desarrollo y asegurar condiciones de vida dignas a nuestros pueblos.

Se equivocan quienes piensan que la soberanía ha quedado atrás, como algo ya invigente e irrealizable. Más bien es cierto que, como toda categoría histórica, la soberanía ha cambiado, no es hoy lo mismo que antes, y hay que ejercerla en otro escenario y defenderla de nuevas maneras. Y aunque no basta que una ley recoja ciertos principios para que éstos cobren vida en la práctica, en mi opinión sigue siendo válido —y por tanto digno de luchar por ello— lo que la Constitución Política Mexicana establece en su Artículo 39; es decir, que: “la soberanía nacional reside esencial y

originariamente en el pueblo y se instituye para beneficio de éste. El pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno.”

Lo que a mi juicio es fundamental de este precepto es que no es en el Estado, la clase dominante o una u otra élite en quien reside la soberanía; ésta reside en el pueblo, y es por tanto éste el único que tiene derecho a cambiar o modificar la forma de su gobierno, y el que puede llevar adelante una genuina integración latinoamericana y caribeña.

Ante la presión norteamericana para que nuestros países se incorporen al ALCA, es necesario oponerse a este proyecto; pero ello no es suficiente. Si nos limitamos a oponernos, habrá ALCA, y creciente subordinación de nuestros países. Lo que procede es fortalecer la integración y la unidad de Nuestra América y demostrar en la práctica que tenemos nuestro propio camino.

Así como Estados Unidos reivindica su vieja Doctrina Monroe, nosotros debemos rescatar la nuestra, o sea la bolivariana. Bolívarismo y Monroísmo, de los que hace ya mucho tiempo escribió José Vasconcelos, siguen presentes. La creación del Mercosur fue un importante avance en el proceso de integración latinoamericana; pero hay que ir más lejos, pues mientras Brasil, México y Argentina no se unan y conjuguen esfuerzos, quedará todavía mucho por hacer. Sostener hoy una posición bolivariana no consiste en repetir, y menos mecánicamente, lo que dijo hace cerca de doscientos años el *Libertador*, sino actualizar y enriquecer un mensaje, concientes de que el mundo de hoy no es el de entonces, y de que, por tanto, es preciso conocer y evaluar los cambios más importantes que se han registrado, pues sólo así podremos transformar la realidad. Las fuerzas conservadoras, al frente de las cuales se encuentra hoy Estados Unidos, tienen una estrategia y demuestran en la práctica que, pese a sus diferencias, saben unirse. Nosotros (quienes nos sentimos parte de las fuerzas democráticas y progresistas latinoamericanas y caribeñas), carecemos, en cambio, de ella, aun cuando podemos construirla a partir de los planteos que, con un amplio consenso, hacen hoy muy diversos grupos en torno a cuestiones fundamentales, lo que sin duda constituye un importante paso adelante.

Es hora de demostrar que no obstante fallas, errores y obstáculos que hasta ahora no pudimos corregir o superar, la lucha por una genuina integración de Nuestra América es no solamente viable sino muy prometedora, ya que abre la posibilidad de que juntos podamos avanzar. Es falso que, ante los graves problemas que hoy nos aquejan, sólo quede resignarnos, cruzarnos de brazos o, peor aún, estar de rodillas. Como alguna vez dijo José Martí en condiciones análogas y ante los peligros y amenazas de entonces: “ha llegado la hora de declarar nuestra segunda independencia”.

Independencia y democracia son hoy inseparables, y ambas descansan en la soberanía del pueblo. Sin un pueblo soberano y libre, organizado y unido no habrá una

verdadera democracia ni independencia. Lo que en estos momentos está en juego es nada menos que nuestro destino, el que por fortuna depende de nosotros mismos y de lo que hagamos. O sea, no será en Washington ni en otra ciudad extranjera donde se decida, sino en el corazón de cada una de nuestras naciones y nuestros pueblos.